

Presentación de DARÍO VILLANUEVA, en Nueva Economía Fórum. Desayuno en Hotel Ritz, 23.1.2015

Por Carmen Iglesias

((Agradecimientos y honor (amigo y compañero))

Hay una sentencia goethiana que viene a decir que “un hombre -cualquier ser humano- es la lista de las cosas que hace”, una definición un tanto tajante, pero expresiva de una vida de estudio y de compromiso consigo mismo y con la sociedad; la traigo aquí a cuento para señalar que, todavía con más de media vida por delante, Darío Villanueva tiene una larguísima lista de cosas hechas, como cualquiera de ustedes puede comprobar en la biografía de nuestro Diccionario Biográfico de la Historia y en la propia página WEB de la Real Academia Española. Por ello, en los minutos que tengo para presentarle, no voy tanto a intentar exponer todo su brillante y ya larguísimo currículum, sino a resaltar, a través de esa linealidad de las “cosas hechas”, algunos rasgos de la persona que está detrás de ese **hacer de pensamiento y acción** que caracteriza a nuestro Director de la Real Academia Española (la Academia de la Lengua como se dice a veces popularmente, la RAE).

“Un hacer de pensamiento y acción”...

No es muy frecuente, más bien resulta excepcional, que un estudioso, una persona de libros, un intelectual, un humanista –que es como más me gustaría definir para ustedes a Darío Villanueva, sea al mismo tiempo un buen y extraordinario gestor. Que además de estar en el mundo de la teoría, de las construcciones ideacionales con las cuales nos movemos en la realidad

–son nuestro GPS particular, lo que llamamos realidad, la necesaria relación con los otros y con el mundo que nos rodea, no es algo que podamos aprehender directamente, de forma inmediata, sino siempre mediata: a través de los marcos conceptuales que nos vienen dados y se van creando y transformando desde que nacemos, por la experiencia y muy principalmente a través del lenguaje, a través de la lengua, a través de las palabras-
....

Pues bien, como decía, no es frecuente que se aúne en una persona ese quehacer intelectual con un sentido práctico de la realidad, con ese don que ahora se llama “inteligencia emocional” y que conocemos de siempre como capacidad de empatía, de saber ponerse en el lugar del otro, de no caer en la dramatización ni en el victimismo de echar la culpa a otros, de aprender de los propios errores; en fin “de ser firme por temperamento y flexible por reflexión”. Y por ello puede despistar leer un currículum en el que se amontonan los logros –¿ejecutivos, los llamaríamos en parte?–:

Catedrático universitario, Rector de una de las Universidades más importantes de España, la de Santiago de Compostela, regida brillantemente por Villanueva durante ocho años –elegido en 1994 y reelegido en 1998–; presidente en esos años de la Red de Bibliotecas Universitarias, consejero del importante Portal Universia, S.A., creador de Unirisco Galicia, S.C.R., primera sociedad de capital riesgo para financiar proyectos basados en la transferencia de conocimientos de la Universidad a la empresa, etc., etc. Y Académico de número, en el sillón D de la Real Academia Española desde 2007, Secretario de la misma desde 2009, reelegido en 2013 –alma y motor desde la Secretaría del Tricentenario de la RAE (también le tocó y lo hizo igual de excelente que ahora el V Centenario de la Universidad de Santiago de Compostela cuando era Rector–, y finalmente elegido Director en diciembre de 2014 de nuestra Academia.

Y también, claro, se amontonan los honores, los doctorados honoris causa por universidades nacionales y extranjeras, los incesantes viajes reclamado como conferenciante, las presidencias o consejos asesores y de administración de diferentes asociaciones, fundaciones, empresas

culturales, tanto en España como en Europa, América (Norte y Sur), Sudáfrica o Taiwán, Japón o Australia, por hacer un rápido resumen.

¡Y encima dedicado a la novelística hispana, dedicado a leer novelas! ¡Y dotado con sentido del humor! Creo que Darío podría hacer suya la contestación del gran actor británico Hugh Grant (si se encontrara en una situación similar que no es plausible), cuando el actor inglés, detenido por la policía en Estados Unidos por alguna infracción (suponemos que de tráfico en la carretera), le preguntó la policía:

- A ver, ¿va usted al psicoterapeuta? No, contestó Hugh, en Inglaterra leemos novelas”.

De algún autor inglés que ahora no puedo recordar vienen aquellos dos consejos para vivir mejor: Leer muchas novelas, es decir, leer mucha buena literatura y “no confundir lo serio con lo profundo”.

Permítanme unas breves referencias sobre su semblanza y la importancia de sus aportaciones al conocimiento.

Nacido en Villalba (Lugo) , licenciado en Filología Románica por la Universidad de Santiago de Compostela; doctorado en Filología Hispánica por la Universidad Autónoma de Madrid, comienza a publicar casi inmediatamente acabados sus estudios universitarios, desde 1973 hasta la actualidad más inmediata... hasta el jueves pasado, en que me llevé a casa su último libro –afectuosamente dedicado- sobre “La familia de Pascual Duarte”, su significado y estructura. Desde su primer libro de 1973 dedicado a aquella novela de gran impacto que fue *El Jarama*, de Sánchez Ferlosio, a este último sobre la famosa obra de Camilo José Cela, Darío Villanueva ha escrito centenares de artículos y libros de Teoría de la Literatura y crítica literaria, que han contribuido de forma importante a un cambio de paradigma sobre la forma de enseñar y aprender Literatura, sobre la importancia de la lectura y de las Humanidades en la educación, sobre los valores estéticos y éticos que residen en toda obra literaria y en su lectura para jóvenes y adultos, durante toda la vida. El rigor monográfico investigador ha ido unido en su obra a la ruptura de fronteras.

Catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, Darío Villanueva destaca por haber aplicado a la teoría y crítica literarias la fenomenología iniciada por Brentano y Husserl (**no les voy a cansar con ninguna lección magistral, sólo un breve apunte como guía**), según la cual se define la obra literaria por su carácter esquemático-intencional que ha de ser actualizada por el lector. Esto es, considera la Literatura no solo como un hecho puramente discursivo o textual, **sino como un sistema complejo, de índole comunicativa**, en el que el texto creado por el escritor necesita para su realización profunda y plena (constitución ontológica plena) de la tarea cooperativa e interpretativa (hermenéutica) de los lectores. Es decir, se trata de una interacción entre el escritor y el lector, entre textualidad y recepción, entre inmanencia y pragmática.

(No sé hasta que punto Darío estaría de acuerdo, pero a mi me trae a la memoria cuando le leo en esa clave, algo emocionante que leí en unas memorias de un amigo y gran editor, Mario Muchnik, cuando –enriqueciendo las reflexiones de Italo Calvino y su apasionamiento por los clásicos, clásicos de cualquier época- señalaba que “no somos nosotros los que leemos a los clásicos, sino los clásicos los que nos leen a nosotros”, “Uno no aprende cosas nuevas en un clásico”, escribía Muchnick. Un clásico confirma en uno cosas que uno ya sabía y descubre en uno cosas que ignoraba saber. Cada lectura de un clásico, a lo largo de la vida, es diferente... porque nosotros somos diferentes y el clásico nos descubre a nosotros mismos, en nuestra condición humana, en lo que hemos aprendido en la vida pero no lo hemos llegado a saber expresar a nosotros mismos. Nos leen, nos escriben nuestras propias emociones, nuestras vivencias, nuestras experiencias. Esa podría ser para mí –en parte, muy someramente- la interacción entre el escritor y el lector, entre la textualidad y la recepción, por la que Darío Villanueva es uno de los autores en su materia más citado y más reconocido universitaria y académicamente.

Pero además de esa importante contribución intelectual –que es a la vez estética y ética, portadora de valores, revulsivo de conciencias-, Darío Villanueva ha cultivado de forma magistral y en grado de excelencia el comparatismo en literatura,

(–y pienso especialmente, aunque no sólo, en su importante libro –que aparecerá próximamente en una edición ampliada- titulado **Imágenes de la ciudad. Poesía y cine, de Whitman a Lorca, que recibió el Primer premio internacional de investigación humanística de la Sociedad Menéndez Pelayo-**)

-decía que es uno de los más excelentes investigadores en literatura comparada-, territorio en el que siempre recordaremos a Claudio Guillén, nuestro querido compañero en la Academia, uno de los maestros que Darío ha admirado y querido especialmente. Esa es otra cualidad que no quería dejar de mencionar: la gratitud hacia los maestros que Darío practica de forma generosa y natural. Y que tampoco es muy frecuente en este país que lamentablemente tiende al adanismo y a la soberbia del autodidactismo. A Darío siempre le he escuchado admirando y agradeciendo a sus maestros, en el sentido que Albert Camus veneraba al maestro que “le había abierto las puertas del conocimiento, de lo que más amaba en este mundo” y esos maestros, esa persona que la vida pone un día en nuestros caminos, ha de ser siempre querida y respetada. La admiración sincera, decía Thomas Mann, es lo mejor que poseemos; es propia de personas generosas y seguras de sí mismas, es una forma de amor, ensancha el mundo.

Darío heredó de esos maestros el gusto por la enseñanza, la transmisión del conocimiento, sabiendo que, como escribió Borges, es difícil enseñar algo..., casi imposible a veces, pero sí “**se puede enseñar el amor por ese algo**”. Esa es la única tarea válida del profesor, concluía el gran escritor argentino.

Hablábamos de literatura comparada y ya acabo.

Literatura comparada no en el sentido valorativo de mejor-peor, o en el genético de las *influencias* de unas sobre otras, sino con un paradigma nuevo: en el sentido que proponía T.S. Eliot, de considerar la literatura como un territorio sin fronteras, ni lingüísticas ni espaciales, ni temporales ni políticas; sino como un grandioso espacio universal con sus múltiples moradas, en clave de unidad y diversidad. Un paradigma –no de *las influencias*, sino de las **convergencias**, que emplea la metáfora del “polen de las ideas” (como titula uno de sus libros); que vincula poesía, cine, arte, especialmente Villanueva ha analizado preciosa y rigurosamente la relevancia que la imagen tiene con la poesía y con el cine.

El Quijote antes del cinema, ese fue el discurso de ingreso en la Academia, que dice mucho del gusto, la versatilidad, y la originalidad de los escritos de D.V. Ese Quijote, presente desde su época estudiantil, que enlaza desde luego con la obra antes citada de *Imágenes de la ciudad. Poesía y cine*.

Y una última referencia a “la novela en la historia, la historia en la novela”, un capítulo de mi propio discurso de ingreso en la RAE, en el que sin conocer yo personalmente a Darío me entusiasmé con sus escritos sobre la estructura y el **tiempo** reducido en la novela. Eso daría para un largo coloquio: la cuestión del **tiempo** y la cuestión de la complementariedad de la novela y de la historia para profundizar en el conocimiento.

Gusta Darío de recordar la preciosa definición de Nietzsche: “*Filólogo quiere decir maestro en la lectura atenta*”. Añadiría yo la del hombre como sentimiento, actividad e inteligencia, las tres cualidades necesarias para poder **actuar con afecto y pensar para actuar** (Aron): así les presento a nuestro Director de la Real Academia Española.

Muchas gracias.
Carmen Iglesias